

El Perdomin

• 10 • céntimos

MADRID

NUM. 50





AÑO II

NARRACIONES EJEMPLARES

NUM. 68



El pobre señor Juan bajó la cabeza con abatimiento. Aquel hijo, aquel mal hijo, iba a ser su muerte; cada día eran más frecuentes los disgustos que le ocasionaba. ¿Por qué sería así, Dios santo?

El era bueno, él se portaba bien con todos; y aquel mal hijo dándole constantes pesadumbres, siempre en la taberna, con amigos, jugando a los naipes y perdiendo

la salud y la honra en las mesas mugrientas de aquellos tugurios.

Todo lo pasaba el buen viejo, todo, menos lo que le habían dicho aquella mañana, de que Alfredo se juntaba con *El Grajo*; no, no podía ser. Por muy envejecido que Alfredo estuviera, no habría descendido tanto, como para ser amigo de *El Grajo*, aquel miserable ladrón y pendenciero, de quien

todo el pueblo huía con asco y con temor.

Por eso, el señor Juan se decidió a interrogarle: «Pero vamos a ver, hijo; ¿por qué no abandonas la taberna y esas amistades? ¿No te basta mi cariño y el de tu hermana? Yo, pobre viejo, poco podré vivir ya, y cuando falte, ¿qué será de vosotros?»

Y prosiguió diciendo: «Hoy, gracias a mi



trabajo, podemos comer; bien sabes que somos pobres, pero el azadón me pesa ya demasiado, y noto que las fuerzas me faltan.»

Alfredo, apoyado en una silla, oía la reprensión sin chistar. Era un joven de veinte años, en cuyo rostro, demacrado, se apreciaban claramente los estragos de una vida de disipación.

Al lado del padre, Julita, su hermana,

que apenas tendría quince años, lanzaba severas miradas sobre su hermano.

«Bueno, bueno—exclamó éste—; déjame de monsergas. Tengo que salir; me esperan.»

«Sí; será *El Grajo*, ese criminal con quien dices que te juntas»—replicó la niña.

Los ojos de Alfredo brillaron. «Oye, niña—exclamó—, yo hago lo que quiero, ¿sa-

bes? Y como no tengo que dar explicaciones, y como no quiero nada de aquí, adiós.»

«¡Golfo!»—exclamó Julita. Y Alfredo entonces, sin que el señor Juan pudiera impedirlo, derribó a la infeliz de una tremenda bofetada y escapó velozmente fuera de la casa.

El pobre señor Juan quedó aterrado, sin moverse, y dos lágrimas rodaron, amargas,



por sus rudas mejillas. Julita, rápidamente, corrió a su lado y le abrazó: «¡Padre! ¡Padrecito—decía besándole—; no llores, déjalo, ya cambiará.»

«Gracias, hija. ¿Qué hemos de hacerle! Dios nos da a todos una cruz, que hemos de arrastrar. La mía es este mal hijo; sólo pido a El que me deje fuerzas para soportarla y no dejarte sola.» Julita, en silencio, le ayudó a ponerse la pelliza, y el viejecito,

con el azadón al hombro, salió al campo, a ganar con su trabajo el sustento para ambos.

La niña quedó sola, con las manos apoyadas en las sienes, pensando con pena en la amargura de su padre por la infame conducta de su hermano. Así estuvo mucho tiempo, una hora, dos. Por fin salió de su ensimismamiento y comenzó a limpiar la habitación. Un papel arrugado, caído al la-

do de la silla que en la disputa derribara Alfredo, le llamó la atención, y, recogién-dolo, se dispuso a leerlo. Pero apenas lo hubo hecho, lanzó una exclamación de angustia:

«¡Virgen santa, qué infamia! ¡Yo lo impediré! ¿Pero será posible?» Y angustiada, pero decidida y serena, volvió a leer el papel, que decía así:

(Continuará.)

JULMAN.





CON LA ORACION SE HONRA Y SE GLORIFICA A DIOS

Refiérese que llegando a Alberique, en pleno Carnaval, el peregrino Casimiro Barelo, y viendo circular las máscaras por las calles, encaminóse a la iglesia, y encontrándola cerrada, se arrodilló junto a la puerta y comenzó a orar con los brazos en cruz. La multitud, dejando las máscaras, le rodeó con gran curiosidad y respeto. Preguntado, después, por qué procedió así, contestó: —Ellos hacen el loco por el mundo, con ofensa de Dios, y yo hago el loco por Dios y para honra suya. De ese modo llamo la atención hacia mí y aparto a la gente del peligro, y siento gran contento con evitar de esa forma algún pecado.



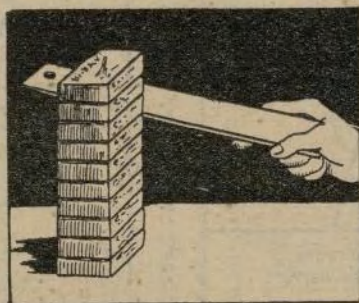
JUEGOS DE NIÑOS

LOS DOS CIEGOS

(Véase el número anterior.)

En el momento que crea oportuno, el director ordenará a otro jugador para que toque el pito, y al oírle Colás, cambia de dirección hacia el punto en que haya sonado el pito, y lo mismo hace el molinero Lucas, sin dejar de dar zurriagazos con el pañuelo. Vuelve el director a ordenar que otro jugador toque el pito, y Lucas y Colás van hacia el lugar en que sonó, en la forma ya descrita, y así continúa el juego hasta que el molinero logra tocar a su mozo con el pañuelo. Cuando esto suceda, Lucas se quita el pañuelo, y Colás pasa a ser molinero, sorteándose entre los jugadores el que haya de hacer de mozo.

Si alguno de los ciegos se sale del círculo, se le conduce al centro agarrado de la mano. Si el molinero, en vez de dar a su mozo con el pañuelo, da a un jugador, se le da por todos los jugadores una gran pitada.



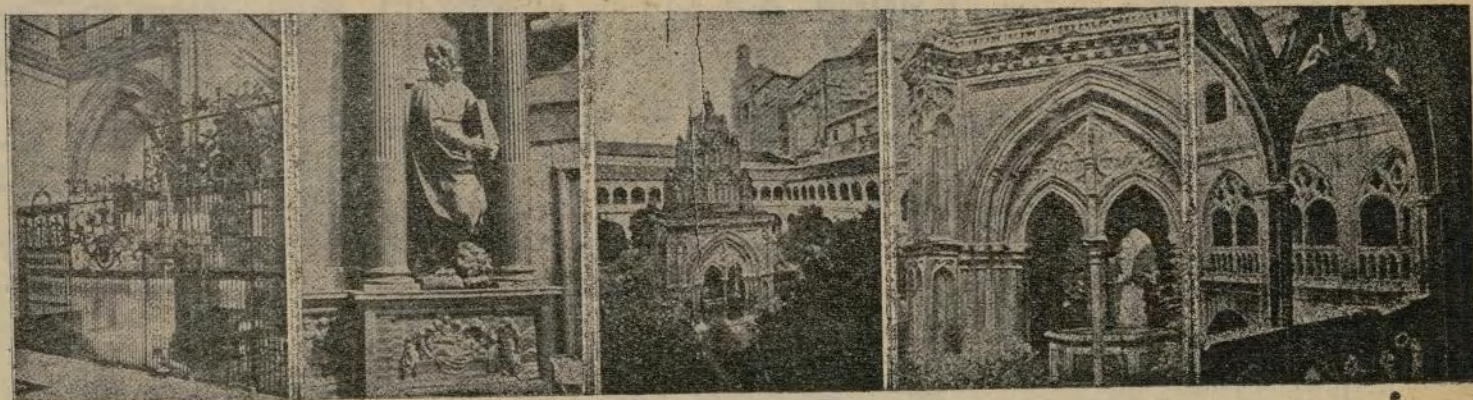
RECREOS CIENTÍFICOS

LO QUE SABE «JEROMIN» PILA MÁGICA

De todos estos experimentos que nos estamos ocupando, que se fundan en la ley de gravedad y en la de inercia, sacan buen partido los «busca-vidas» en las ferias y verbenas. Yo vi una vez a uno de esos busca-vidas, que ponía en pie una cajetilla de tabaco, y sobre ella y un céntimo «gordo», y ofrecía la cajetilla al que, mediante un proyectil, la derribase, haciendo salir el céntimo fuera de la tabla en que se sostenía la cajetilla. Los ignorantes de las leyes citadas, creyendo la cosa fácil, se gastaban a puñados las perrillas, tirando proyectiles, sin lograr jamás que el céntimo fuese a caer fuera de la tabla. Para lograrlo sería preciso dar con el proyectil al céntimo, no a la cajetilla solamente.

El experimento de que hoy quiero hablaros consiste en hacer con cajas de cerillas, por ejemplo, una pila, e invitar a que quiten una de las de enmedio, sin derribar las que están encima. La cosa parece difícil, pero no es así: es muy fácil. Basta coger una regla y, de canto, dar con fuerza un golpe seco a la caja que queráis sacar de enmedio, y la caja saldrá disparada, sin que se derriben las otras. Haced la prueba y os convenceréis.

ESPAÑA MONUMENTAL



El Monasterio de Guadalupe.

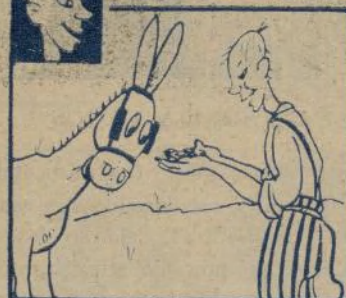
Sigamos con este Monasterio, tesoro inagotable de arte. La primera fotografía de las cinco que hoy publicamos representa parte de la monumental verja que divide en dos la gran nave gótica. Por sus grandiosas dimensiones y exquisito arte, mezcla de gótico y plateresco, es una de las muchas cosas que hay en el Monasterio que no pueden contemplarse sin experimentar honda emoción. La segunda fotografía es un detalle del Altar Mayor, regalo de Felipe II, que, así como sus abuelos, los Reyes Católicos,

gustaba de pasar frecuentes y largas temporadas en el Monasterio, emporio, entonces, de piedad, riqueza, ciencia y arte. La tercera fotografía representa el famosísimo templete central del Claustro de los Milagros: es el tal templete obra maravillosa del arte gótico-mudéjar guadalupense, única en su género; no pasa por Guadalupe turista de algún relieve que no se haga fotografiar bajo las esbeltas y bellísimas arcadas de tal templete, que pueden apreciarse algo mejor en la fotografía cuarta, detalle del singularísimo monumento artístico. Dicen que ahora piensan en restaurarlo. Dios inspire

al que tal empresa acometa, pues, de ordinario, esa clase de restauraciones, si no las preside un profundo sentido artístico y arqueológico, más que restauraciones resultan destrucciones. No sería el primer caso. Debemos hacer constar que, como monumento nacional que es, la restauración se hará por orden y cuenta del Estado, al que habrá que atribuir el acierto o desacierto. La quinta fotografía representa un detalle del claustro gótico, obra de Juan Guas, del que ya nos hemos ocupado.

Seguiremos con tan famoso y artístico Monasterio.

Cascarilla



¿Qué hago con las perrillas?
Se pregunta Cascarilla.



Voy de rica confluencia
a darme la gran hartura.



¿Para mí no habrá nada?
dice la burra, amoscada.



Y, con gran delicadeza,
le lleva a un puesto de berza.



Y así los dos disfrutaron
del dinero que ganaron.



EL MAESTRO - CUERPOS
TRANSPARENTES SON
LOS QUE PERMITEN VER
A TRAVÉS DE ELLOS...
¿TU SABRÍAS PONERME
UN EJEMPLO?
-SI SEÑOR, EL OJO DE
UNA CERRADURA.



EL ALBAÑIL (A SU COMPAÑE-
RO QUE SE HA CAÍDO EN EL
POZO) - NO TE MUEVAS DE
AHÍ, QUE VOY A BUSCAR
UNA SOGA.



LIMPIAR LA NIEVE
DEL LAMINO QUE
CONDUCE A CASA.
QUE RABIA!
YA NO PODRÉ
MÁS JUGAR!

Maravillosa Historia de Jeromin



Viéndose perdido Jeromin, saltó a una gasolinera
y dando marcha al motor se internó en el puerto
a todo vapor. La Policía, desde la orilla, le divisó
y dió orden de que se le perseguese, y se le detu-
viese a toda costa.



Pero Jeromin corría como el viento, y salió pronto
a alta mar. Estaba éste muy alborotado, y las bar-
quichuelas no se atrevieron a internarse en él,
se volvieron. Jeromin seguía, sin temor a las g-
gantescas y rugientes olas.



En esto vió venir hacia él, casi a ras del agua, un
hidroavión, que hacia maniobras. Jeromin tuvo
una idea genial, como suya. Esperó agazapado
y cuando el hidro pasó sobre la gasolinera, a po-
cos metros de altura



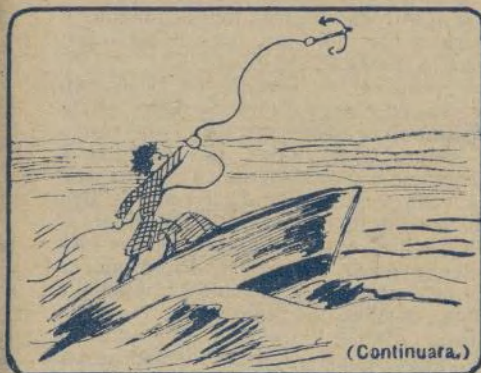
¡FUATE QUE
FAENA NOS
HAN ENCO-
MENDADO!
NO APURAR
SE VAMOS
A JUGAR
YA FRABA
JAR ALMO
MOTIEMPO.



Mil pesetas al que se apodere de él—dijeron los
Reyes, que llegaron en aquel momento. Todos los
marineros saltaron a sus respectivas lanchas y se
lanzaron en persecución de Jeromin. ¡Aquello pa-
recía una reñida regata!



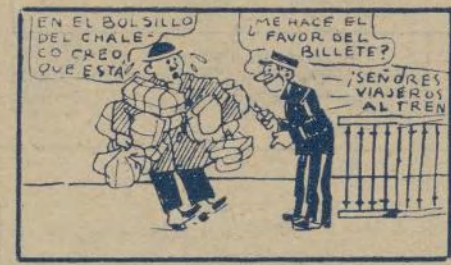
Al ver que las barquichuelas se volvían sin dar
alcanse a Jeromin, salió en su persecución un va-
porcito ligero. Jeromin, al divisarle, se consideró
perdido. ¿Qué hacer? Nada; por mucho que pen-
saba, no encontraba solución.



Jeromin, con toda su fuerza, lanzó una pequeña
ancla amarrada a una cuerda, que había en la ga-
solinera, con tal habilidad que quedó sujeta al
hidro, y sin que el piloto lo notase, agarrado a la
cuerda, quedó colgado del hidroavión.



¡AHORA MON-
TARSE LOS
DOS DENTRO
DE LA CASITA!



¿QUIERE LLEVARME ESTA
MALETA EN EL AUTO?
-PERO SI NO HAY SITIO.
-NO LE IMPORTE YO LA
PONDRÉ SOBRE MIS RO-
DILLAS.

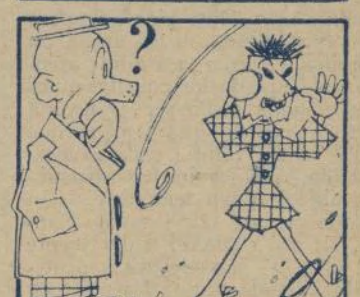


¡VEIS COMO
JUGAMOS
Y QUITAMOS
LA NIEVE
DEL CAMINO!
¡OLE, OLE, OLE!
¡VIVA LA MAMA
DEL ELEFANTE!

Repollo



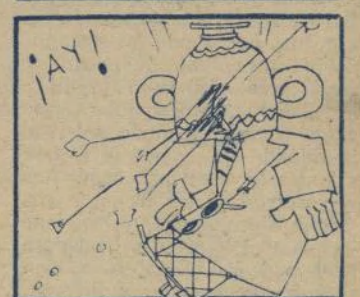
Pera el hambre distraer,
Repollo, desde su casa,
el carnaval quiere ver.



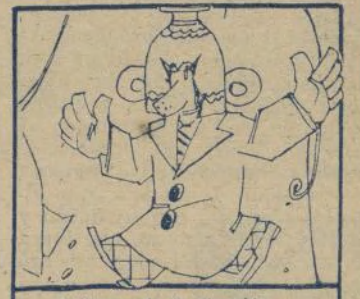
Bajando a la calle, luego,
viendo una máscara dice:
Es JEROMIN, o estoy ciego.



Yo quisiera una careta,
mas ¿cómo, pobre de mí,
si no tengo una peseta?



De pronto, ¡pún!, allá va.
Una careta ya tiene.
¡Pero qué casualidad!



Y llamando la atención,
resulta nuestro Repollo
del carnaval la atracción.

D. Quijote de la Mancha



(Continuación.)

quen el pelo de la ropa; y así, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si a Dios place, respondió Sancho; y apartándose los dos a un lado del camino, y tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí a muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa visión de todo punto renació el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, y a más el latir y dentellear cuando discurría ante sus ojos que detrás de los encamisados venía una litera cubierta de luces, a la cual seguían otros seis de a caballo enlutados hasta los pies de las mulas; que bien advirtieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto a Don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo; lo contrario le avino a su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habían de pasar; y cuando los vio cerca, alzó la voz y dijo: «Deteneos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais y qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes, o bien para vengaros del tuerto que vos hicieron.

—Vamos de priesa—respondió uno de los encamisados—, y está la venta lejos, y no nos podemos detener a dar cuenta como pedís; y picando la mula, pasó adelante.

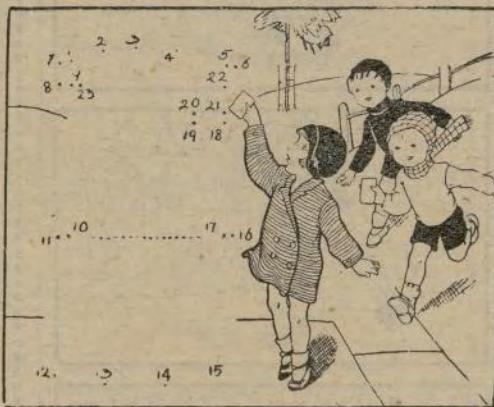
Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno a la caballería, dijo al que iba en ella: «Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.»

Era la mula asombradiza; y al tomarla del freno, se espantó de manera, que alzándose en los pies, dió con su dueño y consigo en el suelo. Un mozo, que iba a pie, viendo caer al encamisado, comenzó a denostar a Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió al mozo enlutado y mal sufrido y dió con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba; que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y

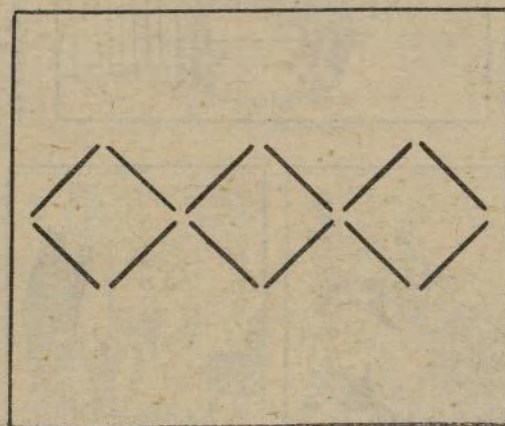
(Continuará.)



1.º Jeromín se quiere vestir de máscara y no sabe qué camino seguir para coger la careta. A ver si se le enseñáis vosotros.



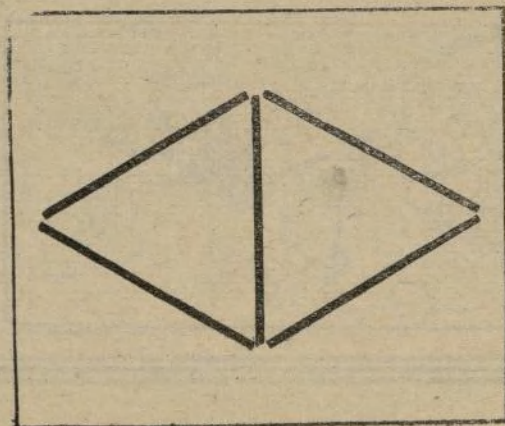
2.º Uniendo los puntos con una línea, desde el 1 al 23, descifrarás el enigma.



PROBLEMA

¿Cómo podréis formar cuatro cuadrados, variando de lugar cuatro líneas?

(La solución, en el próximo.)



SOLUCIÓN DEL ANTERIOR

La España Gloriosa



Después del desastre de Segunto, se entabló entre Roma y Cartago una guerra en la que los romanos vencieron, destruyendo a Cartago y arrojando a los cartagineses de España, valiéndose para esto de alianzas con los pueblos españoles, sin cuyo auxilio nada hubieran logrado. Una vez lograda la victoria, los romanos sometieron a sus aliados los españoles a una dominación afrentosa, que, llenos de indignación ante la nueva traición romana, se sublevaron, excitados por dos esclarecidos y famosos príncipes llamados Indíbil y Mandonio.

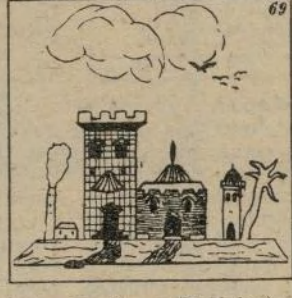
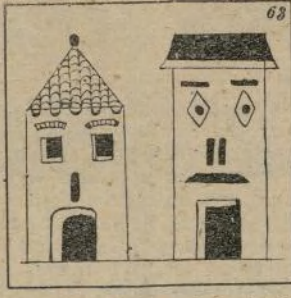
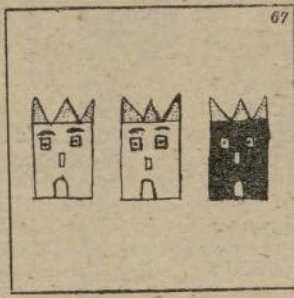
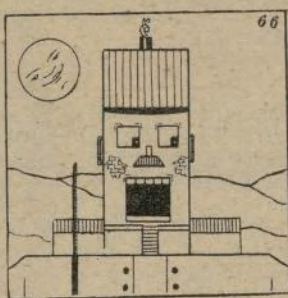
No tenían los españoles espíritu de esclavos: amaban más su libertad que las riquezas, y más que su misma vida! La insurrección contra los dominadores fué al principio desorganizada y débil, pues el pueblo español había sacrificado su juventud en obsequio de los que pretendían ahora someterlos a servidumbre. Pero la rebelión era sistemática; apenas era dominada una ciudad por los ejércitos romanos, se levantaba otra en armas. La poderosa y orgullosa Roma se vió obligada a mandar a España un poderoso ejército, a las órdenes del cónsul Marco Porcio Catón, cuyas crueldades con los españoles le hicieron célebre. Pero no pudo dominar la sublevación. A Porcio Catón sucedieron, con igual suerte, otros pretores, que como él se distinguieron por sus crueldades y sobre todo por su sed de riquezas, cosa que indignaba más y más a los españoles. Distinguiéronse entre todos Lúculo y Galva, sobre todo éste, por sus infamias, avaricia y refinada crueldad.

El paso de los ejércitos de Lúculo en la España citerior, y el de Galva en la Lusitania, dejaban tras de sí un rastro de sangre y de ruínas. Las perfidias y crueldades eran verdaderamente monstruosas, como vamos a ver. Convencido Galva que por la fuerza no podía dominar la sublevación, a pesar de arrasar las ciudades y pasar a cuchillo, sin piedad y sin perdonar a los ancianos, mujeres y niños, concibió un plan diabólico por lo ruin e infame. Suspendió las hostilidades, y, dirigiéndose a los lusitanos, les ofreció la paz y su amistad, prometiéndoles remediar todas sus necesidades, facilitándoles terrenos para que los cultivasen, pudiendo así alcanzar un bienestar envidiable.

Eran los lusitanos de natural noble, sencillo y franco, por lo que creyeron al pérfido Galva, admirados de aquel tránsito de la crueldad y barbarie a la generosidad. Confiados en las promesas del general romano, se consagraron con afán a las faenas agrícolas. Mas apenas Galva los vió dispersos e indefensos, dió orden a sus soldados para que los pasaran a cuchillo, sin distinción de clases, edades y sexos. Los jóvenes que no perecieron en tan infame e inaudita traición fueron vendidos como esclavos. Pocos se salvaron de aquel degüello general, pero los suficientes para pregonar por el resto de España la traición de que la Lusitania había sido víctima. ¡Cara pagó Roma la criminal conducta de Galva!

Hasta entonces los españoles habían batallado por su independencia con valor y constancia, pero sin organización, sin

(Continuará.)



El número 66 representa un carabinero, por Sergio García Bermejo, de Cabeza de Buey (Badajoz); el número 67, los Reyes Magos, por Pablo de la Guía, de Santa María de Nieva (Segovia); el 68, un matrimonio, por Mariano Díaz Guerra, de Portillo (Toledo); el 69, «Los reyes y el príncipe», por Ramón A. Pernas, de Vivero (Lugo); el 70, un matrimonio con su hijo, por José Serra Castelló, de Ibiza.

En una agencia de colocaciones:

—¿Tiene usted alguna colocación?

—De qué?

—De cualquier cosa.

—¿Le conviene de jardinero?

—Dejar... dinero? No, señor. Lo que yo necesito es que me lo den.

SATURNINO MURILLO.—Orusco de Tajuña.

Como:

—¿Cuál es el colmo de una lavandera?

—Lavar en el mar y quedarse sin agua.

ENCARNACION MURILLO.—Fuente Ovejuna.

Parecido:

—¿En qué se parece un médico a un loco?

—En que el loco tiene locura y el médico lo cura.

VICTOR SOTERAS.—Madrid.

Parecido:

—¿En qué se parece el calamar a un tintorero?

—En que los dos tienen tinta.

ENRIQUE MARTIN.—Puente de Vallecas.

Chiste.—En la escuela:

—A ver, Canuto: ¿quién fue Atila?

—Un bárbaro.

—¿Nada más?

—¿Le parece a usted poco?

CONCHA MESSAS.—Madrid.

Chiste:

—Dime, Juanito: ¿cuál es el animal que come con la cola?

—Pues todos.

—¿Todos?

—Sí. ¿A visto alguno que se la quite para comer?

JENARO SANCHEZ SENSO.—Albatal (Cáceres).

Colmo:

—¿Cuál es el colmo de un maestro?

—Pegar con cola a los niños.

H. VALDES.—Infesto (Asturias).

Parecido:

—¿En qué se parece un auto y un caballo?

—En que los dos corren.

—¿...!

ANTONIO MATAMOROS.—14 años. Infantes.

Colmo:

—¿Cuál es el colmo de un peluquero?

—Hacer a un calvo la «permanente».

PACO CUEVAS.—11 años. Socuéllamos.

Cantar:

Para saber los altares del Pilar, en Aragón, es la cuenta muy sencilla: uno en cada corazón.

CARMEN MUÑO.—Zaragoza.

Parecido:

—¿En qué se parece un aeroplano al hombre?

—En que el aeroplano se sostiene y el hombre «sesos... tiene».

ANDRES MARTINEZ.—A'cantarilla (Murcia).

Chiste:

—¿Por qué lloras, Juanito?

—Te han pegado?

—No; lloro porque me van a pegar, que es peor.

ISABEL MUÑOZ.—Zaragoza.

Los que deseen adquirir la colección completa de Jeromín, pueden pedirla a esta Administración y se les mandará a vuelta de correo, a razón de 10 céntimos ejemplar. Pago, al hacer el pedido.

Jeromín

REVISTA ILUSTRADA PARA NIÑOS SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERÓN DE LA BARCA, 4 MADRID PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR AÑO 5,20, POR PAQUETES A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR A LOS CORRESPONSALES LO ACOSTUMBRADO, LOS PAGOS ADELANTADOS

CUPN

Vale para un solo trabajo

NINOS HEROICOS

El pequeño tambor



Ricardo, el pequeño Ricardo, tambor de regimiento, en medio de las terribles descargas del enemigo, oyó unos quejidos y se dirigió al sitio en que salían, por si podía prestar ayuda al que los lanzaba. —Sin duda—decía—es algún herido. Al atravesar un pequeño matorral, vió un caballo. —Allí está, sin duda, el herido. Y corrió en su auxilio. Grande fué su sorpresa al encontrarse con un teniente de su regimiento, tendido en el suelo.



—¡Animo, mi teniente!—dijo, acercándose, Ricardo—; yo le salvaré a costa de mi vida, si es preciso. Con rapidez y singular maestría, le vendó la herida, y luego, con gran trabajo, logró montarle en el caballo. —¡No perdamos tiempo, mi teniente; tenga ánimos y salgamos de aquí cuanto antes, pues el enemigo está próximo y puede sorprendernos! Efectivamente, a lo lejos se veía avanzar rápidamente una patrulla enemiga.



Como el oficial, por las heridas y debilidad, no podía sostener las riendas del caballo, Ricardo se apoderó de ellas y con toda prisa se dirigieron hacia el vado de un río. El enemigo avanzaba. —¿Cuánto hay de aquí a nuestra línea?—preguntó el oficial. —Una vez pasado el río, sólo dos kilómetros—contestó Ricardo—. Nuestro regimiento está acampado junto al monte que se divisa al lado derecho.



Ricardo, con gran ansiedad, atravesó el río con agua hasta la cintura. Las descargas del combate se oían cerca, pues la batalla estaba entablada no lejos del río. ¡Si encontraba algún refuerzo! Porque el teniente, cada vez más abatido, apenas podía sostenerse en el caballo, y él también se encontraba en extremo fatigado. Con la esperanza de encontrar el deseado refuerzo, se dirigió al lugar en que suponía peleaban los suyos.



Mas de pronto vió avanzar hacia ellos, a galope tendido, a un capitán de Dragones del ejército enemigo. ¡Están perdidos! —¡Alto—gritó el capitán, ya próximo—y ríndanse: sois mis prisioneros! Y cuando esto decía, hacía brillar el sable con movimientos amenazadores. Ricardo se detuvo e interrogó con la mirada a su teniente; pero éste, viendo que no había manera de escapar, guardó silencio. Ricardo tuvo entonces una idea genial.



Entregó las riendas del caballo al teniente herido, y mientras le gritaba que huyera a todo galope, se puso delante del caballo del capitán de Dragones y empezó a tocar con todas sus fuerzas el tambor. El redoble estruendoso del tambor hizo encabritarse, espantado, el caballo del capitán enemigo, que, desprevénido, no tuvo tiempo de sujetarse y fué lanzado al suelo, quedando atontado del fuerte golpe que se dió contra el suelo.



Ricardo, el valiente e ingenioso tambor, antes que el capitán se repusiera de su desvanecimiento, se colgó el tambor al hombro, se apoderó del caballo del capitán y de un brinco se montó en él, corriendo a reunirse con su teniente. Quedando así burlado el capitán de Dragones, que, desesperado, gritaba y lanzaba inútiles amenazas, de las que el valiente tambor se reía. Pero el peligro no había desaparecido.



La caballería del enemigo avanzaba rápida, y de un momento a otro podrían verse cercados por ella. —Mi teniente—dijo Ricardo—: saque ánimos y sigame sin vacilar. El peligro es grande y hay que salvarlo; a toda costa hay que ponerse fuera del alcance de la caballería enemiga y llegar cuanto antes a nuestro campamento. Dicho esto, picó espuelas; el teniente, fortalecido por el peligro, hizo lo mismo, y pronto se vieron libres.



Apenas llegaron al campamento, el general se dirigió al oficial, diciéndole: —Os daba por perdido; sin duda habréis estado prisionero del enemigo. —Mi general, en peligro de ello, sí; pero gracias al valor y astucia del tambor de nuestro regimiento, tengo la dicha de verme aquí. El general, enterado de lo ocurrido, felicitó a Ricardo, le citó en la orden del día, le concedió un ascenso y le propuso para una honrosa recompensa.



EL POBRE TITIRITERO AMBULANTE, QUERIA ATRAER AL PÚBLICO TOCANDO EL CLARINETE.



RINETE, PERO EL MONÓ SE DIÓ CUENTA QUE ESO NO ERA SUFICIENTE PARA LLAMAR LA ATENCIÓN.



LA ATENCIÓN, Y ATANDESE EL PALO DEL BOMBO AL RABO Y EN LAS MANOS UN ACORDEÓN FORMÓ UNA ORQUESTA DE FELIZ RESULTADO.